

LAS CRITICAS A
LA RELIGION Y LAS
TENDENCIAS MATERIALISTAS

Manuel Segura Castro

Verdaderamente, el título de este artículo no lo inventé yo, es un epígrafe del programa “Los fundamentos generales del hombre y la sociedad en el mundo de hoy”.

Pero ese título (me refiero al del artículo) está muy bien puesto, porque las críticas a la religión están íntimamente ligadas a las tendencias materialistas.

Las críticas a la religión culminan fácilmente en la negación de la existencia de Dios, de la existencia de un alma espiritual en el hombre, y de la vida ultraterrena.

Se afirma entonces que todo es materia.

Materia, y fenómenos y epifenómenos de la materia.

El cerebro humano sólo sería una glándula; y el pensamiento, una emanación energética de esa glándula.

Y la muerte del hombre sería lo mismo que la muerte del perro.

Las críticas a la religión pueden tener un contenido puramente práctico: que los frailes no cumplen con las reglas; que los curas tienen queridas; que se comercia con la religión. . .

Pero a éstas no voy a referirme, porque éstas no engendran, necesariamente, tendencias materialistas. Sólo generan tendencias anticlericales.

Pero es que las críticas a la religión pueden ser de contenido teórico, o filosófico, y a éstas sí tengo que referirme, porque éstas sí producen tendencias materialistas.

Inclusive se puede distinguir un ateísmo práctico de un ateísmo teórico.

El ateísmo práctico es el de los que afirman que hay Dios, alma y eternidad, pero que viven como si no creyeran; atados al dinero, a la impiedad y al placer.

Los ateos prácticos constituyen un elevado porcentaje de la humanidad.

El ateísmo teórico, que es al que yo he de referirme, es el de aquellos que, viviendo quizás una vida muy correcta desde el punto de vista moral, presentan argumentos para negar a Dios, y para negar la existencia del espíritu y de la vida eterna.

Modernamente existe una línea filosófica existencial atea, la cual niega a Dios para negar el destino, y para poder así afirmar al hombre como libre, como responsable de su conducta y como arquitecto de su vida.

Las mismas tendencias materialistas, a veces son simplemente de sentido práctico: consisten sólo en aferrar el corazón a la materia. Pero a veces tienen el sentido teórico de una actitud filosófica materialista.

Pero las críticas de contenido teórico, el ateísmo teórico, y las tendencias teóricas, nacen principalmente del planteamiento del problema del mal. Por eso tengo que hablar del mal.

Yo me atrevo a decir que toda religión, y que toda filosofía, es, en principio, un esfuerzo por plantear el problema del mal, y por encontrarle una solución aceptable.

Esta es la pregunta: ¿Por qué existe el mal? ¿Cuál es la fuente o causa última del mal?

Pero, ¿qué tiene que ver esto con Dios y con el materialismo?

Pues, que si Dios no existiera, la pregunta misma carecería de sentido.

Si Dios no existiera, no tendría nada de raro que existiera el mal. Al contrario, nada existiría. Sólo se daría el mal infinito y eterno del no-ser. La vaciedad más absurda.

Si Dios no existiera, lo raro, lo imposible, lo absurdo, sería que existiera algo; que existiera el bien, aunque fuera en el más ínfimo grado.

Porque si no existiera Dios (el ser eterno) todos los seres serían contingentes, es decir, todos habrían tenido principio de su existencia, habrían comenzado a existir.

Y si todos los seres hubieran comenzado en su existir, alguno habría sido el primero.

Y si uno hubiera sido el primero en comenzar a existir, antes que él empezara, nada habría.

Y como de la nada, nada se hace, ahora nada habría.

Por eso digo que si Dios (el ser eterno) no existiera, nada existiría.

Entonces la pregunta, ante la existencia del mal, es esta: ¿Cómo es posible que existan limitación, defectos, pecados, castigos y muerte, existiendo un ser de infinita sabiduría, de infinita bondad y de infinito poder?

Se dice que el origen de la filosofía, desde el punto de vista psicológico (no desde el punto de vista lógico o histórico), fue la admiración.

Yo estoy de acuerdo con eso, mientras no se hable de la admiración ante el bien, sino de la admiración ante el mal.

Porque en los momentos de admiración ante el bien, ante la belleza de un amanecer frente al mar, ante la alegría de un triunfo, ante la belleza de una flor, de un animal o de un niño. . . la conciencia del hombre se vuelca hacia afuera. El hombre está distraído, es decir, traído hacia afuera, IDO.

Pero para la reflexión filosófica se requiere ensimismamiento, concentración.

Es cuando el hombre se encuentra abandonado, triste, inseguro, afligido ante la incompreensión, el dolor, la enfermedad, el peligro, la traición o la muerte. . . que el hombre pregunta, desesperadamente, ¿por qué?

Entonces nace la filosofía, y antes que la filosofía la religión, y antes que la religión el mito.

Por eso digo que el origen de la filosofía es la admiración, pero la admiración ante el mal. Es el espanto. El espanto ante el mal que aflige al hombre, o ante el mal que el hombre comete. Eso hace nacer la filosofía.

Quizá no nos importe saber dónde está el páncreas. Pero si un ser al cual amamos tiene cáncer en el páncreas, sí nos preocupamos por saber no sólo dónde está, sino también cómo es, cuál es su función, y todo lo demás referente a esa glándula.

La traición, el crimen, el robo, el adulterio, la mentira, el homicidio, etc., arrancan del hombre la desesperada pregunta del porqué, y la desesperada búsqueda de la respuesta.

El mismo Jesucristo, en la cruz, elevó al Padre la pregunta: “¿Por qué me has abandonado?”

Parece que Cristo hombre, la carne humana, tuvo duda de la bondad del Padre celestial, porque lo juzgó mal Padre, padre que abandona.

Es que, igual que a Cristo hombre, a todos nos ocurre que, en primera instancia, la pregunta sobre el porqué del mal, la dirigimos a Dios, y, si no hay buena respuesta, negamos a Dios, consciente o inconscientemente, y nace el materialismo. Primero como práctica, y al final como teoría.

Negado Dios, queda negado el espíritu como sustancia; como sustancia distinta, opuesta, incomunicable e irreductible respecto de la sustancia material.

No hay Dios, no hay alma, no hay eternidad, no hay juicio moral, y todo es materia, y el hombre es “un ser para la muerte”.

El mal —se dice un poco a la ligera, pero con toda razón— no es SER, sino carencia de ser.

Es una forma sutil de decir, acaso hasta sin percatarse de ello, que EL MAL NO EXISTE.

Sin embargo, el mal existe, y hay distintos modos de MAL, aunque, ciertamente, cada modo de mal es un modo de NO-SER.

Una primera forma del mal es el mal metafísico. He aquí a Satanás.

El mal metafísico consiste en carencia de SER en el sentido de limitación.

Esta forma de mal se da, necesariamente, en toda creatura, porque toda creatura es limitada, es decir, finita, o imperfecta.

Toda creatura es, por el mismo hecho de ser creatura, una mezcla de ser y de no-ser.

Otra clase de mal es el mal físico. Este consiste en la carencia, en una creatura, de una perfección debida o perteneciente a la naturaleza de esa creatura.

Para una piedra no es un mal estar privada de vista o de oído, porque a la naturaleza de la piedra no le pertenecen la visión ni la audición.

Pero sí es un mal para un hombre —un mal físico— estar ciego o estar sordo.

Existe otra forma de deficiencia, o de mal, que es el mal moral, el pecado.

El pecado es carencia de rectitud de la acción consciente y voluntaria, respecto del orden del universo. Es acción que destruye.

Otro mal, llamado mal legal, o castigo, consiste en el sufrimiento a que es sometido el autor del pecado.

Sin embargo, mirado desde otro ángulo, el castigo no es un mal sino un bien, porque se impone por amor, y para el bien del castigado.

La venganza, que no es lo mismo que castigo, sí es un mal.

Para los seres vivientes, sobre todo para el hombre, por la conciencia que éste tiene del mal, existe otro mal, que es un compuesto de todos los males: la muerte.

La muerte tiene, repito que para el hombre, algo de mal metafísico, algo de mal físico, y ha sido ligada también al pecado y al castigo.

Todos los seres vivientes luchan, con todas sus fuerzas, contra la muerte.

Pero las plantas por lo menos no saben que van a morir.

En los animales la lucha contra la muerte se hace más patética por el instinto.

Pero para el hombre el solo recuerdo de la muerte, por la absoluta seguridad que tiene de que ha de morir, es siempre un recuerdo muy amargo.

“Dichoso el árbol —dice Rubén Darío— que es apenas sensitivo.

*Y más la piedra dura, porque ésta ya no siente.
Pues no hay dolor más grande que el dolor de estar vivos,
ni mayor amargura que la vida consciente.
Ser, y no ser nada.
Y ser sin rumbo cierto.
Y un terror del pasado y un futuro terror.
Y el espanto seguro de estar mañana muertos.
Y temer por la vida, y por la muerte, y por. . .
esa carne que tienta con sus frescos racimos
y esa muerte que aguarda con sus fúnebres ramos.
Y no saber siquiera ni de dónde vinimos.
Ni para dónde vamos”.*

Siempre que hablo de la muerte, me vuelve a la memoria que cuando yo era Capellán del Hospicio de Huérfanos, nos llevaron un niño que, además de ser huérfano, tenía poliomielitis.

Este niño corría por los corredores del Hospicio metiendo gran ruido, por los aparatos ortopédicos que tenía en las piernas deformes y por el par de muletas que manejaba con gran destreza a pesar de que sólo tenía seis años de edad.

Era un niño negro, de la raza africana. Y, aunque en Costa Rica no discriminamos a los de otras razas, los niños del Hospicio no querían jugar con él porque despedía mal olor.

Se llamaba Pedro Napoleón. Pedro por el apóstol y Napoleón por el guerrero, aunque él no era ni guerrero ni apóstol.

Este niño era un verdadero cargamento de amarguras. Pero amaba la vida. Y ese amor a la vida lo manifestaba con un tremendo horror a la muerte.

Tan pronto sabía que estaba enfermo, tan pronto sentía que estaba con calentura, lloraba espantado ante la posibilidad de la muerte. Y se agarraba fuertemente de mis manos, diciendo que no quería morir.

Le gustaban mucho las flores y las mariposas. También las golosinas. . . Y siempre sonreía cuando estaba sano.

A los seis meses de haber llegado al Hospicio murió.

En cierta ocasión, un colega nuestro estaba debatiéndose entre la vida y la muerte. Ese colega ya murió.

Yo encontré un día a un grupo de profesores comentando el caso de que fulano se estaba muriendo. Lo hacían con muy profunda tristeza, y como si se tratara de algo no natural.

Yo les dije que todos estábamos debatiéndonos entre la vida y la muerte, todos los días.

Todos sonrieron, pero con una sonrisa que se les enredaba entre los dientes, y tétrica.

¡El espanto seguro de estar mañana muertos!

Y ante el mal, que nos aflige de tantas y tan diversas maneras, dudamos de Dios.

Aunque es curioso, y hay que reconocerlo, y hay que decirlo, que el mismo mal, que a veces nos hace levantar contra Dios nuestros reproches, o que nos hace caer en ateísmo y en materialismo, a veces nos hace poner abajo la soberbia, y hasta decir: reconozco mi maldad y mi impotencia y mi condición de mortal, no puedo confiar más en mí mismo; confío en Dios.

Porque dice la **Biblia** en I P. 1.24: *“Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como la flor de la hierba. La hierba se seca y la flor cae. Sólo la palabra de Dios permanece para siempre”*.

A mí eso me parece muy bonito. Y me parece bonito hasta eso de que nos acordemos de Dios más cuando tiembla que cuando hay bonanza.

Pero no deja de causarme pena que sean el dolor, o la enfermedad, o el pecado, o la muerte, y no el espectáculo maravilloso de la naturaleza y de la vida, lo que nos haga apuntar hacia Dios el corazón y la esperanza.

Se ha dicho que “a solas, frente al mar y a media noche, ningún hombre es ateo”.

Por eso las religiones, para llevar al hombre hacia Dios, ponen más énfasis en el mal que en el bien, y son más negativas que positivas.

La religión es la búsqueda de un asidero firme y eterno en el abismo de la vida, y un esfuerzo por tomar al hombre, separado de Dios por el pecado, y ligarlo de nuevo a El, re-ligarlo, de donde parece derivar, precisamente, la palabra religión.

Pero a veces las mismas religiones fallan y se alejan de Dios, y de ahí brotan las críticas a la religión, ora de sentido práctico, ora de sentido teórico, que alejan a las gentes de Dios, y sobreviene el materialismo.

Pero ya dije que las críticas que me interesan son las de sentido teórico, y que éstas brotan del planteamiento del problema del mal, con la pregunta sobre las causas del mal.

Como el mal es NO-SER, no puede echarse a Dios la culpa del mal, porque Dios es SER, puro, infinito y eterno.

Tampoco la nada puede causar el SER.

Las religiones siempre tratan de defender a Dios de la existencia del mal, e inventan algún demonio, originador de todos los males.

Verdaderamente sólo las creaturas (en lenguaje filosófico “los entes”) pueden ser causas de NO-SER, o causas del mal. Porque toda creatura es limitada, es decir, compuesta, originalmente, de SER y de NO-SER.

Pero Dios es SER puro.

La imperfección o limitación de la creatura es el verdadero Satanás en la filosofía. El mal metafísico.

Y ustedes dirán: Bueno, pero, ¿quién hizo el mal metafísico? ¿Quién hizo imperfectas a las creaturas?

Claro que fue Dios. Entonces Dios tiene, en última instancia, la culpa del mal.

Sin embargo, el asunto es así:

Dios se encontró, en el principio (Dios no tiene principio, pero de alguna manera tiene que hablar uno), ante esta alternativa: crear, o no crear.

Y no podía El crear seres perfectos. No podía crear dioses. Porque dioses creados no son dioses, igual que círculos cuadrados no son círculos. La característica principal de Dios es ser increado o eterno. Pues el mismo hecho de ser creado es imperfección, porque implica dependencia en el SER.

Entonces Dios sólo podía crear seres imperfectos (entes), o no crearlos.

Pero se decidió por crearlos, no por El, porque El no necesitaba de las creaturas, sino por ellas, porque para las creaturas, aun para las menos perfectas, como hace ver San Agustín en su tratado sobre **El Libre Albedrío**, es mejor ser que no ser.

Y no pueden las creaturas reclamar a Dios por haberles dado un ser imperfecto, porque, aunque imperfecto, es mejor que nada, y les fue dado gratuitamente.

Y a nadie se le va a ocurrir que Dios hizo el ser de las creaturas, y que por aparte hizo el no-ser de ellas, y que luego añadió el no-ser al ser, como si ser y no-ser fueran cosas. Cosas materiales.

Dios simplemente dio el ser a las creaturas, sólo que les dio un ser limitado o imperfecto.

En este sentido tenemos que atribuir a Dios el mal metafísico.

Y lo peor del caso es que todos los demás males derivan, de una manera o de otra, del mal metafísico.

La imperfección, en algún grado o forma, es necesaria a las creaturas, no sólo porque sin imperfección no hay creatura, ni puede haberla, sino porque la imperfección, el mal metafísico, es lo que hace posible la limitación, la pluralidad, el cambio, la distinción y la composición.

En este sentido el no-ser es, hablando metafísicamente, lo que hace posible nuestro mundo, que es mundo de cosas limitadas, múltiples, distintas, cambiantes y compuestas.

Nuestro mundo, el mundo de los entes, es imposible sin el no-ser, y es, por eso, el mundo del no-ser.

En nuestro mundo, en el mundo de la verdad relativa (la verdad absoluta es Dios), cada ente es lo que es, porque no es lo que no es.

Yo soy yo porque no soy. Porque no soy los minerales, porque no soy los vegetales, porque no soy los animales, porque no soy los astros, porque no soy los demás seres humanos. Necesito no ser los demás entes para ser el ente que sí soy.

Yo soy yo PORQUE NO SOY todo el resto de la inefable infinitud del cosmos.

En mí hay ser, que me viene de Dios y en calidad de préstamo, pero DE MI MISMO sólo tengo infinita cantidad de no-ser.

Por eso yo soy yo, más que por lo que soy, por lo que no soy. Y esto ocurre a todos los entes. Y por eso este mundo es el mundo del NO-SER. Y dejarlo, por la muerte, no es dejar de ser, sino dejar de no-ser, y tornar al SER, que es Dios.

Pero, es necesario repetirlo: no es que Dios produzca el SER y el NO-SER de las creaturas, sino sólo el SER, pero un SER limitado.

Se produce el SER limitado, pero la limitación misma, como algo aparte, no se produce, porque es mal, o NO-SER.

Realmente, preguntar por la causa del mal, o del no-ser, hablando en absoluto, es absurdo, porque el no-ser, en cuanto que no-es, no tiene causa. Lo que tiene causa es el ser limitado.

Ya dije que la alternativa para Dios había sido esta: crear seres más o menos imperfectos, o no crear nada.

Sin embargo, por aquí, por la imperfección de las creaturas, empezó todo el asunto del mal. Por eso tengo que repetir por tercera vez, que el mal metafísico es el Satanás de la metafísica.

Dios no es causa del mal, pero de sus manos salieron las creaturas IMPERFECTAS.

Dios no es causa inmediata de las otras formas del mal, pero las otras formas del mal derivan de la imperfección con que Dios creó las cosas.

Las creaturas, o los entes, en cuanto son mezcla de ser y de no-ser, pueden también ser causa de ser y de no-ser, de bien y de mal. . .

Es decir: pueden, por lo que tienen de ser, ser causas eficientes; y, por lo que tienen de no-ser, pueden ser causas deficientes.

Pueden causar ser y no-ser, pero principalmente no-ser, porque el ser lo encuentran ya hecho.

Las religiones tratan de remontarse a una primera creatura, el Diablo, y a un primer hombre, Adán, para echar a ellos la culpa del origen del mal, pero el origen del mal está en la imperfección misma de las creaturas, en lo que ellas tienen de no-ser, de limitación, de mal metafísico.

Echando la culpa de todos los males al Diablo, no libramos de culpa a Dios, puesto que EL mismo fue el creador del Diablo, y lo creó a sabiendas de todo lo Diablo que sería.

Y no vale decir que Dios hizo perfecto al Diablo pero que el Diablo cayó, puesto que si Dios lo hubiera hecho perfecto, el Diablo no habría caído.

El problema con la creatura es que ella puede echar a perder, destruir. Esta es la verdadera deficiencia. Y en este sentido las causantes de las demás formas del mal son las creaturas.

Realmente no sería tan grave que las creaturas causaran deficiencia en el sentido metafísico, pues Dios mismo creó seres imperfectos (o no los creaba).

Lo verdaderamente grave es que el hombre no sólo destruye, sino que destruye consciente y voluntariamente, es decir, responsablemente, con libertad.

Y no sólo destruye las cosas puramente materiales, sino también las plantas, los animales, y aun a los demás hombres y hasta a sí mismo se destruye a veces.

Esto es lo que se llama mal moral, o pecado.

En cuanto al mal físico, puede ser efecto del mal metafísico o del mal moral.

Conviene, y es bueno decirlo ahora mismo, no ligar indisolublemente las causas físicas con las causas morales.

Hay causas físicas, como el fuego, que causa la quemadura.

Y hay causas morales, como el robo, que causa la zozobra en el ladrón y acaso hasta alguna intranquilidad en su conciencia.

La pérdida de la vista en un hombre puede deberse a una explosión, o a una enfermedad, no, necesariamente, a tal o cual pecado. Hay hombres buenos que se quedan ciegos y maleantes que ven más de la cuenta.

La pérdida de un brazo, o de una pierna, puede deberse a un accidente, no a tal o cual pecado, como no sea de manera indirecta.

El pecado puede ser indirectamente la causa de un mal físico en el hombre, pero no necesariamente.

Las inundaciones, los temblores, etc., son efectos de causas físicas y no de causas morales.

Me he entretenido hablando del mal, y de sus formas, y de las causas del mal, porque la existencia del mal es lo que lleva a los hombres a negar a Dios y a caer en el materialismo.

He dicho que Dios no es causa del mal, porque el mal, en cuanto no-ser, no exige causa, y porque Dios es el SER puro. He dicho también que la causa de las otras formas del mal son las creaturas. Sin embargo, he venido insinuando que aun cabe preguntar si Dios es, aunque sea indirectamente y en sentido moral, causa del mal, y hacer tal pregunta ya es, en alguna medida, una manera de negar a Dios.

Inclusive se puede preguntar si Dios es de alguna manera la causa de los pecados de los hombres.

¿No dice hasta la gente de la calle que ni una hoja de un árbol se mueve sin la voluntad de Dios?

Y no pregunta la **Biblia**, en Lam. 3.37, “¿Quién será aquel que diga que sucedió algo que Dios no mandó?”

También en filosofía Dios, o como decimos nosotros, el SER, es la causa PRIMERA DE TODAS las cosas, buenas o malas.
